

LA MENTE ES CREADORA

por Francisco-Manuel Nácher

Se nos ha enseñado que somos dioses en formación, aprendices de dioses. Es decir, que somos seres creadores. Y que el órgano con el que creamos es la mente.

Cristo dijo a sus discípulos: *“Cuando pidáis algo, pedidlo como si ya lo hubieseis recibido. Y entonces lo recibiréis”* (Marcos 11:24).

Y cabe preguntarse: ¿Qué quiso Cristo decir con esa especie de adivinanza? ¿Qué significa, en realidad, eso de “como si ya lo hubieseis recibido”?

A poco que se reflexione, es muy fácil de entender: Como si lo tuvieseis ante la vista, como si lo conocieseis en todos sus detalles, como si pudieseis cerrar los ojos y contemplarlo, completo y perfecto, en la pantalla de vuestra imaginación.

¿Y por qué? ¿Qué virtualidad tiene eso? La de que eso, precisamente, es la forma mental de lo solicitado. Demos un pequeño rodeo para acabar de comprenderlo:

Sabemos que la creación fue consecuencia de un acto de voluntad. Pero ¿qué es, en realidad, un acto de voluntad?

Bien mirado, no es más que un deseo sublimado o potenciado, de tal modo que, la forma de pensamiento y de deseos a que da lugar, está tan clara y definidamente construida y es impulsada por tanta energía de deseos que, en sí misma, constituye una orden de cumplimiento ineludible para los elementales constructores que, obedeciéndola, la llevan a la manifestación.

Porque, no cabe duda de que la creación fue un acto de voluntad. Pero, antes de ese acto de voluntad, de ese fiat, el Creador tuvo que tener claro qué es lo que quería crear, y eso exigía una forma mental completa y perfecta y acabada, previa al deseo de crear. Tuvo, pues, que imaginar,

que construir, la forma mental de su creación y tuvo que desear que esa forma mental se manifestase en el mundo físico.

El proceso, pues, es siempre el mismo, como no podía por menos de ser, dada la Ley de Analogía: Primero, arquetipo, imagen mental, luego deseo y, por fin, potenciación de ese deseo, hasta convertirlo en acto de voluntad, que implica una orden a los elementales constructores y, finalmente, manifestación.

Pues ése es el secreto que Cristo nos confió con sus palabras: Si construimos una forma mental de lo que deseamos, con la misma claridad y detalle con que lo veríamos si estuviese frente a nosotros ya realizado y, luego, lo deseamos vehementemente, estaremos dando una orden de obligado cumplimiento a los constructores y éstos la obedecerán y entonces obtendremos lo que pedimos, es decir, lo que en realidad, habremos creado sin ser conscientes de que lo hacíamos.

¿Por qué se nos recomienda por nuestra filosofía que, cuando pidamos algo por los demás, terminemos nuestra súplica con las palabras “*No obstante, Señor, que no se haga mi voluntad sino la tuya*”? Sencillamente porque, como seres creadores que somos, que creamos con el pensamiento y la voluntad, nos exponemos a desear para el prójimo algo que, desde nuestro punto de vista, sea conveniente, pero que no lo sea en realidad, desde el punto de vista evolutivo. Y ello, al ser una orden a los elementales, que ellos se apresurarán a cumplir, si ese deseo va acompañado de suficiente voluntad e intenso deseo, sería negativo para el interesado y atraería sobre nosotros el karma correspondiente.

Debemos, pues, ser en todo momento conscientes de ese tremendo poder que, como hijos de Dios, tenemos. Afortunadamente, aún no sabemos manejar la mente con suficiente destreza, y nuestras formas mentales no son lo suficientemente definidas para que los elementales constructores las puedan interpretar y llevar a la realidad, ni nuestra voluntad es lo suficientemente fuerte como para que la consideren una orden obligatoria. Pero cada día, a medida que robustecemos la mente mediante los ejercicios ad hoc, corremos mayor peligro de traer al mundo verdaderos engendros. Desgraciadamente, la situación mundial actual, obedece en una gran medida a esa causa: La fuerza de algunas voluntades y la claridad de sus propósitos egoístas, frente a una voluntad más diluida y unos propósitos menos concretos por parte de los que se

alínean en el lado del altruismo. De ahí la necesidad de la oración y la meditación y la concentración y la visualización y la lectura y el estudio y conocimiento de los mecanismos internos del hombre y de la naturaleza, que nos proporciona la enseñanza oculta.

* * *